

Relatos de viaje de España a Argentina a comienzos del siglo XX. José Ortega Munilla como referente

JULIO PEÑATE RIVERO
Universidad de Friburgo (Suiza)
julio.penate@unifr.ch

Recibido: 30 de septiembre de 2024 – Aceptado: 14 de octubre de 2024.
DOI: <https://doi.org/10.46553/let6331> - CC-BY-NC-SA 4.0 Internacional.

Resumen: Tras los acontecimientos de 1898, numerosos escritores españoles viajan a la Argentina con una perspectiva semejante y muy particular: abandonan temporalmente un país en franca decadencia para impregnarse de una nación joven y en plena expansión. La Argentina va a ser percibida de una forma poco menos que inédita y su relación estrecha con España será considerada beneficiosa sobre todo para la antigua metrópoli, muy necesitada de ese estímulo exterior. La situación se transformará a partir de 1939: el tipo de viajero no será el mismo, su visión de la Argentina deberá cambiar radicalmente y sus relatos habrán de responder a la función que les asignará la política cultural de los vencedores de la guerra civil española. Nos centraremos sobre todo en la primera parte y dedicaremos un espacio particular a José Ortega Munilla, un autor especialmente representativo de aquellos años, pero también consideraremos varios relatos de la posguerra española para destacar el contraste entre ambos momentos de la historia en general y la del relato de viaje hispano en particular.

Palabras clave: La Argentina en el relato de viaje español; Relato de viaje hispano a principios del siglo XX; Literatura de viaje del siglo XX; Textos clave del relato de viaje español; José Ortega Munilla.

Travel Narratives from Spain to Argentina in the Early 20th Century. José Ortega Munilla as a Case Study

Abstract: Following the events of 1898, numerous Spanish writers traveled to Argentina with a shared, distinctive outlook: they temporarily left a country in marked decline to immerse themselves in a young nation experiencing dynamic growth. Argentina was perceived through a novel lens, and its close relationship with Spain was seen as particularly advantageous for the former metropolis, which was in urgent need of external stimulus. This situation would change significantly after 1939: the type of traveler, their vision of Argentina, and the narratives they produced would shift radically, influenced by the cultural policies of the victors of the Spanish Civil War. This study primarily focuses on the early period, dedicating special attention to José Ortega Munilla, a notably representative author of the time. It also examines select travel accounts from the Spanish post-war era to underscore the contrast between these two distinct historical moments, both for the broader context and for the evolution of the Hispanic travel narrative.

Keywords: Argentina in Spanish Travel Literature; Early 20th Century Hispanic Travel Narrative; 20th Century Travel Literature; Seminal Spanish Travel Texts; José Ortega Munilla.

Introducción: el contexto histórico

Las primeras décadas del siglo pasado constituyeron para España un período singularmente convulsivo por los problemas heredados del siglo anterior y los que surgieron al principio del XX, unos y otros sin resolver y que dieron lugar primero a la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930), después a la segunda república (1931-1936) y posteriormente a la guerra civil (1936-1939). La pérdida de las últimas colonias en 1898 trajo consigo una profunda sensación de agotamiento, de decadencia, de fin de época sin perspectivas de mejora, no solo por el final del imperio ultramarino sino porque un estado que había sido una primera potencia colonial se había mostrado durante el siglo XIX incapaz de gobernarse a sí mismo: invasión napoleónica sólo superada con la intervención inglesa, tres guerras carlistas, crisis de gobierno a repetición, cantonalismo, derrota colonial ante Estados Unidos, el caciquismo como forma de gobierno real bajo ropaje parlamentario, el auge del regionalismo y del separatismo especialmente en Cataluña, etc.

A la entrada del siglo XX, la situación se agrava ya que el sistema de gobierno diseñado por Antonio Cánovas del Castillo (alternancia en el poder entre conservadores y liberales) se resquebraja con la muerte de sus líderes, Cánovas y Sagasta, sucedidos sin éxito por Maura y Canalejas. La conflictividad social aumenta ante el crecimiento numérico de obreros en el medio campesino y sobre todo en el urbano, y por su creciente capacidad de organización en partidos y sindicatos socialistas y anarquistas (UGT y CNT respectivamente). Esa conflictividad tendrá un primer hito en la llamada Semana Trágica de 1909 en Barcelona (con el fusilamiento de su presunto animador, el pedagogo Francisco Ferrer Guardia) y el segundo en la Huelga General Revolucionaria de agosto de 1917, sofocada con más de cien de muertos, varios centenares de heridos y unos dos mil presos.

En cuanto a las relaciones exteriores, retengamos sólo dos jalones significativos: España se declaró neutral durante la primera guerra mundial, lo que permitió una gran entrada de capital por el comercio con los beligerantes, pero ese capital quedó limitado a quienes ejercieron dicha actividad y, en cambio, contribuyó a una grave carestía e incluso a la ausencia de productos cuya venta en el exterior resultaba más lucrativa. El segundo jalón es la guerra de Marruecos (1909-1927), un conflicto que el estado español venía arrastrando desde mediados del siglo XIX como último sobresalto de orgullo de quien había sido una potencia colonial y pretendía hacerlo valer aún ante sus vecinos europeos, pero que se volvía sistemáticamente negativo para la economía del país hasta que España renunció al Protectorado de Marruecos en 1956.

Básicamente se podría sintetizar la delicada coyuntura de estos años subrayando que, si bien la estructura social del país había evolucionado, la forma de gobernarlo y la composición de las élites continuaban ancladas en el pasado. Baste apuntar que a principios de siglo el 2% de la población seguía poseyendo el 47% de las tierras cultivadas y que la jerarquía militar, organizada en Juntas de Defensa, vigilaba cuidadosamente sus prerrogativas, lo que limitaba no solo la posibilidad de una evolución interna sino también el margen de maniobra de los diferentes gobiernos, que se sucedían vertiginosamente unos a otros: diecinueve entre 1898 y 1914. Respecto a las consecuencias de todo ello para la población y para la temática que aquí nos ocupa, un dato podría resumir la situación: en el período de 1901-1911 emigró el 10% de

la población española, el 80% de la cual era rural, en un país que rozaba los veinte millones de habitantes en 1910 (Tuñón de Lara, 1991: 497-524).

Las respuestas de los dos movimientos más significativos del momento, el regeneracionismo y la generación del 98, resultaron insuficientes: el primero quedó diluido tras la aportación luminosa de Joaquín Costa, su máximo animador. El segundo formaba más bien parte del problema que de la solución: salvo excepciones (Machado, Valle Inclán), su rebeldía inicial (Azorín, Baroja, Maeztu) derivó pronto en desánimo, salidas individualistas y alineamiento con el sistema que habían criticado.

Es en este contexto donde surgen los relatos de los autores que vamos considerar a continuación. Fuera de España, el país hispano que más les atrae es la Argentina, una nación nueva, en plena expansión y con una capital convertida en centro cultural del continente. Los motivos del viaje son variados y las apreciaciones difieren, pero las coincidencias son lo suficientemente significativas como para hablar aquí de una tendencia viática digna de estudio. Concentramos nuestro ensayo en los primeros veinticinco años del siglo y en los relatos de los autores siguientes: Rafael Altamira, Ildefonso Arroyo, Vicente Blasco Ibáñez, Javier Bueno, José Francos, Manuel Menacho, Federico Rahola, Santiago Rusiñol, Carlos María Santigosa, José María Salaverría, Eduardo Zamacois y, en particular, José Ortega Munilla, cuyo texto nos parece representativo del conjunto y a la vez dotado de rasgos específicos.

Los motivos del viaje en cinco variantes

En cuanto al móvil formal del desplazamiento, en muy pocos casos se trata de viajes de carácter oficial. Predominan los de orden privado y, dentro de estos, se pueden distinguir ciertas variantes. En los de tipo oficial encontramos básicamente dos viajeros; en primer lugar, Manuel Menacho y Peirón, oftalmólogo de prestigio internacional, que es invitado en 1910 por el gobierno argentino para formar parte del Comité Organizador del Centenario de la Revolución de Mayo, dictar conferencias en la Universidad de Buenos Aires y codirigir un congreso de su especialidad. El trayecto lo realizó integrado en la delegación española que, dirigida por la Infanta Isabel de Borbón, representó a la Corona en el evento. Así pues, el periplo de Menacho, aunque de contenido académico, nos parece convenir mejor al de la representación oficial.

El viaje más declaradamente oficial de nuestro corpus, desprovisto además del contenido académico del anterior, es el realizado por José Francos Rodríguez en 1920: exdiputado y exministro, recibió el encargo de Eduardo Dato, entonces presidente de gobierno, de sumarse a la misión presidida por el Infante Don Fernando para representar a España en Chile durante las fiestas magallánicas. Según sugiere Francos en su dedicatoria del libro a Alfonso XIII, *Huellas españolas. Impresiones de un viaje por América* (1922) fue consecuencia del interés manifestado por el monarca a la vuelta del periplo. Adelantemos que, tanto este texto como el de Menacho (*Un viaje a la Argentina: el porvenir de los pueblos iberoamericanos*, 1911), no se integran en la serie viática de crónicas de viajes realengos, tan del gusto del siglo XIX español, puesto que están centrados en la información sobre los países visitados y no en los integrantes de la misión ni en las incidencias de la visita.

En el siguiente grupo hallamos los desplazamientos más unívocamente académicos: los visitantes desembarcan en Buenos Aires solicitados por instituciones locales para intervenir en actividades universitarias y culturales de diverso tipo. Por ejemplo, José Ortega y Gasset llega el 22 de julio de 1916 invitado por la Asociación Cultural Española de Buenos Aires con el objetivo de dictar una serie de conferencias que se revela muy exitosa, razón por la cual prolongará su estancia hasta el 2 de enero de 1917, mientras que su padre regresa a Madrid poco antes de las navidades de 1916. Por cierto, la conferencia de Ortega y Gasset que retenemos aquí, “Impresiones de un viajero” (1916), es de gran interés para distinguir esta etapa de la de los viajeros españoles de posguerra.

Un tipo de invitación semejante recibe Rafael Altamira en 1909, designado por el rector de la Universidad de Oviedo para dictar conferencias e impartir cursos en Buenos Aires, Montevideo, Santiago de Chile, Lima, México y La Habana, todo ello con la finalidad de estrechar las relaciones académicas y culturales entre América y España (Altamira, 2010). También el periplo argentino y chileno de Vicente Blasco Ibáñez en 1909 se debe a una amplia gira de conferencias, lucida en crítica y jugosa en finanzas, a partir de la cual redacta *Argentina y sus grandezas* (1910). Además, Blasco Ibáñez elabora todo un plan de desarrollo agrícola en el norte argentino (1911-1913), un proyecto finalmente abandonado.

La tercera variante, quizás la menos fértil literariamente pero no carente de interés, es la del viaje como encargo explícitamente comercial: no obedece (sólo) a una iniciativa personal sino más bien a terceras personas, que lo patrocinan o incitan por un interés financiero para beneficio propio. Así sucede con los realizados en 1904 por Carlos María Santigosa y en 1905 por Federico Rahola Tremols. El primero, director del *Heraldo Sevillano*, se pone al servicio de la exportadora e importadora de frutos Mallol Hermanos para informarle sobre posibles mercados en el Río de la Plata. Santigosa pasa un mes en Montevideo y cuatro en Buenos Aires recabando datos de interés para su patrocinador y también establece contactos y colaboraciones con los periódicos locales. Su libro, *El Río de la Plata, Montevideo, Buenos Aires: recuerdos de viaje* (1906), desborda este propósito tan limitado y se convierte en una obra de interés general, como lo sugiere el mismo hecho de su publicación. En cuanto a Ildefonso Arroyo, sacerdote y Consejero Delegado de la Casa Social de Valladolid, se desplaza en 1925 a Buenos Aires por un comercio de orden más bien espiritual: visitar y controlar las actividades de su organización. Relata sus experiencias en *Impresiones de mi viaje a la República Argentina* (1926).

Por su parte, el viaje de Federico Rahola (jurista, economista y escritor gerundense) obedece al impulso de José Puigdollers Maciá, fundador de la revista económica *Mercurio*, de la cual Rahola era director. Puigdollers, que había vivido en Argentina fomentando las relaciones comerciales con los catalanes allí residentes y autor de varios libros de asunto económico sobre el país, animó a Rahola a continuar promoviendo el comercio entre las dos orillas del Atlántico. Ese estímulo se lo reconoce el enviado dedicándole *Sangre nueva: impresiones de un viaje a la América del Sud* (1905), un texto que figura entre los más destacados de nuestro estudio: Rahola recorre buena parte de la Argentina, se entrevista con personalidades de distintos medios, aduce datos económicos, sociales y culturales, despliega una información amplia y ponderada y conjuga todo ello con un notable interés viático: dedica los siete capítulos iniciales al trayecto

marítimo, da una periodicidad de diario a la mayor parte del relato, es muy generoso en descripciones tanto de lo que contempla como de su impacto sobre él mismo y termina confesando que los cuatro meses de su experiencia sudamericana le han transformado, por lo que este autor nos servirá de enlace con la categoría siguiente y última. Apuntemos antes que, en cierto modo, ambos textos se vinculan a la tradición que aúna el relato viático con la incitación económica desarrollada por viajeros del siglo anterior como César Valcárcel (*Impresiones de un viaje desde la península hasta Buenos Aires*, 1882) o Ciro Bayo (*El peregrino en Indias*, 1912). La diferencia entre dichos autores y Santigosa y Rahola sería que, en el caso de estos últimos, el incentivo indispensable para el viaje es externo y basado en un proyecto empresarial previo y concreto.

La cuarta variante, la de mayor atractivo desde una perspectiva más “puramente” viática y de mayor exigencia literaria, es la que designaremos como la del viaje estético, más bien para oponerla a las anteriores que para designar con rigor conceptual un tipo singular de periplo. Empecemos por el caso tal vez más delicado, el del escritor y pintor barcelonés Santiago Rusiñol: llega a Buenos Aires en 1910 en calidad de director artístico de una compañía teatral que representará una obra suya y también aprovecha para exponer una selección de sus cuadros. Se trata, pues, de un viaje privado y, en principio, por motivos profesionales, pero en *De Barcelona al Plata* (1911) ni siquiera menciona tal exposición y solo se refiere brevemente a la representación de la obra. Rusiñol pasa seis meses en Argentina, tres en Buenos Aires y el resto visitando el interior. El vivísimo interés que siente por el país lo resume en estos términos: “[...] porque aquí se ve cómo nace un pueblo y cómo asimila los elementos de todo el mundo y construye una patria con ellos” (Rusiñol, 1911: 157). En su libro encontramos excelentes cuadros de ambiente de Buenos Aires, de sus calles, de su vida cultural, de su frenesí económico, tanto como de espacios y elementos campesinos (el Paraná, la pampa, el gaucho, la caza del yacaré), todo ello sin pretensión documental sino de empatía por un mundo nuevo para el visitante, como sugiere la cita anterior.

Por su parte, el castellanense José María Salaverría motiva así su viaje en las primeras líneas de *Tierra argentina* (1910): “En España se ha escrito muy poco sobre la Argentina”, lo que contrasta con el interés que despierta en otros países del continente: “Tanto viene sonando el nombre de la República Argentina, particularmente en estos últimos años, que un fuerte deseo de conocer tan famoso país nació en mi alma de escritor curioso. Y hostigado por este vehemente deseo, encomendándome a los genios propicios de la mar, atravesé el Atlántico y me vi en tierra argentina” (Salaverría, 1910: 5-6). No solo recorrió la Argentina de norte a sur y de este a oeste, sino que siguió allí hasta 1913, trabajó para el diario *La Nación* y dedicó numerosos escritos al país y a comparar su presente y su futuro con el de España, con desventaja sistemáticamente para esta última.

Un interés semejante debió de sentir el cubano-español Eduardo Zamacois hasta que le permitieron satisfacerlo los ingresos de sus obras y la ayuda financiera de Blasco Ibáñez (Cordero Gómez, 2007: 677-678). Interrogado por sus colegas periodistas, incrédulos de que su viaje no obedeciera a motivos económicos, Zamacois respondía en la apertura de *Dos años en América* (1913): “¿Es que a Buenos Aires sólo debemos ir a ganar dinero? ¿Es que la gran

ciudad que brilla al otro lado del mar como un faro gigante, como un Eldorado de ensueño y maravilla a los ojos de todos los necesitados del mundo, no merece ser visitada por el único y limpio placer de verla?”. Y precisaba poco después:

Vengo a estudiar, a sumergirme lentamente en la gran alma poliforme de esta urbe, donde las razas humanas más diversas luchan y se fusionan, [...] en la que tal vez estén formándose ahora los primeros gérmenes de una humanidad nueva [...]. También deseo conocer el interior de la pampa augusta. Luego... ¡no sé!... Acaso me quede aquí, acaso me vaya, según mi gusto, en busca de otras manos amigas, camino adelante (Zamacois, 1913: 8, 10-11).

En cuanto a Javier Bueno, periodista madrileño admirado y temido por la ironía de sus críticas, es la revista *Mundial Magazine*, creada por dos empresarios uruguayos, los hermanos Guido, y dirigida por Rubén Darío, la que en 1912 financia el periplo americano de ambos para promocionar su distribución. No obstante, nada de ello se trasluce en *Mi viaje a América* (1913), el libro más corto, ligero y desenfadado de nuestra serie y que, tras referirse a Brasil y a Uruguay, dedica una cuarentena de páginas a la Argentina, suficientes para subrayar su interés y su continua sorpresa por lo que descubre en la capital del Plata.

Finalmente, José Ortega Munilla viaja de Madrid a Buenos Aires en 1916 comprometido con el *Diario de la Habana*, del que era colaborador habitual, para enviar crónicas exclusivas de su estancia en Buenos Aires, pero en realidad se trata de un compromiso *a posteriori*: enterada del viaje, la dirección del periódico pide a su colaborador dichas crónicas en sustitución de las que venía remitiendo desde Madrid. El objetivo de Ortega Munilla es primordialmente de índole personal: aprovechando el viaje de su hijo José, busca satisfacer su interés de muchos años (según afirma él mismo) por visitar la Argentina, ejemplo de país destinado a un brillante futuro, y comprobar en persona la contribución de los emigrados españoles, realizando allí lo que no habían podido lograr en su propia patria. Fruto de ello será *De Madrid al Chaco. Un viaje a las tierras del Plata* (1917), objeto particular de nuestra atención.

Del viaje a su relato: impresiones e impacto

Por extraño que parezca, en el conjunto de los textos citados encontramos toda una serie de coincidencias muy llamativas por su cantidad, temática y por sus diferencias con los de otra serie de viajeros, publicados durante las dos primeras décadas del franquismo, con unas perspectivas, contenidos y funciones bastante diferentes. Abordemos ahora dichas coincidencias antes de pasar brevemente a los autores de la inmediata posguerra.

Detengámonos, de entrada, en la imagen de España que los relatos nos sugieren. La coincidencia es bastante unánime en torno a este tema, presente en casi todos ellos: el país se caracteriza por una realidad básica, la decadencia general, con matices diversos según los autores. Por ejemplo, Blasco Ibáñez (1910: 161-162) se focaliza en la pérdida de recursos humanos: si hoy España se encuentra agotada es como consecuencia de tres siglos de emigración, que han dejado en ella a lo menos lucido de sus hijos; los demás se han visto forzados a expatriarse. Aunque en un tono menos radical, Carlos María Santigosano está lejos de compartir dicha opinión al afirmar el beneficio para la Argentina del medio millón de españoles allí establecidos y que destacan en el foro, en la medicina, en la arquitectura, en el

comercio, en la industria, en la agricultura, en las artes, en el periodismo, etc.: “¡Qué colosal esfuerzo el de los españoles en Argentina! Viene a la mente una reflexión amarga. Todo eso han podido hacerlo en España. [...] Mejor administrada y gobernada España, es seguro que no hubieran pensado en ampararse en la libre América” (Santigosa, 1906: 174).

Por su parte, José Francos Rodríguez, que había ejercido diversos cargos políticos (y que alguna responsabilidad debía de tener en la situación de su país), abundaba en la sensación de agotamiento de “la estirpe española” y ofrecía como alternativa admirar la sublimidad de la acción española en América, para argumentar que, en cierto modo, lo mejor del pasado español en el cono sur era haber contribuido al luminoso presente argentino (Francos, 1922: 238-245).

De una forma indirecta, Manuel Menacho también sitúa la España del momento entre los países más decaídos, aunque apuntando a una recuperación posible:

[...] se dirá: ¿estamos tan divorciados de la fortuna que no podemos abrigar ninguna esperanza de salvación!; ¿no es cierto?... Sin embargo, yo vuelvo los ojos a la Historia y veo que algunos pueblos que nada representaban llegaron a la cima del poderío, y miro en derredor y veo a Italia, Alemania y el Japón, que en el espacio de medio siglo han resurgido con formidable empuje y desde la categoría de pueblos decadentes, de naciones de segundo orden o de pueblos muertos, han ascendido a la de grandes potencias, de esas que figuran con voz y voto en el areópago de las naciones (Menacho, 1911: 319).

Preguntémonos ahora qué resaltan los viajeros españoles en la Argentina que visitan. La lista de elementos es muy amplia; nos limitaremos a una serie breve pero representativa. En cuanto a las actitudes de sus habitantes, sobresale un rasgo, muy apreciado por los visitantes, ya que España no destaca precisamente por ello, el sentimiento de nacionalidad. Entre los autores citables, valga la voz, acaso inesperada, de Javier Bueno: deja por un instante el registro voluntariamente ligero de *Mi viaje a América* para expresar su sorpresa ante el hecho de que los habitantes de un país formado por inmigrantes de origen tan diferente debido a la masiva afluencia europea, declaren con orgullo que se sienten argentinos. Según sus propios términos, este sentimiento “es el síntoma de la confianza que les inspira el porvenir de la patria”, lo cual es un factor decisivo porque “los pueblos que sienten la nacionalidad hasta un grado de exaltación son aquellos que más capacitados están para las luchas actuales”. Todo ello resulta admirable “para nosotros, viajeros, hijos de países escépticos, porque la vejez de la raza nos hizo así [cabe suponer que se refiere primordialmente a España]”. Además, nuestro autor considera que ese sentimiento no es casual, sino que se deriva de la capacidad de acogida y de integración por parte de quienes ya están en el territorio: “[...] de este modo, con una hospitalidad sincera y generosa, facilitándole medios de una vida más confortable y holgada que la anterior, logran que el recién llegado se sume a ellos en su amor hacia la Argentina” (Bueno, 1913: 159-160). En su conferencia del 6 de diciembre de 1916, “Impresiones de un viajero”, José Ortega y Gasset resumirá esa capacidad integrativa de grupos humanos y de sensibilidades distintas en una sola frase, breve y contundente: “Tiene el pueblo criollo talante de estado” (Ortega y Gasset, 1965: 366).

La capital porteña es objeto principal de la atención del extranjero y ello en dos tiempos: a su llegada puede tener la impresión de hallarse en una gran urbe parecida a otras europeas por

sus edificios, calles, comercios, plazas y paseos, ambiente, etc. Pero en un segundo tiempo advierte elementos inesperados en una urbe de crecimiento tan reciente y desarrollo galopante o incluso los echa de menos en las capitales ya conocidas (sobre todo en las españolas). Así le sucede a Carlos María Santigosa: al principio cree encontrarse en una ciudad peninsular para después deshacerse en elogios ante lo que descubre: la extensión de sus calles, el cosmopolitismo de sus habitantes, la limpieza, el alcantarillado, el alumbrado público, correos y telégrafos, hospitales, bomberos, policía, banca, comercio, beneficencia, educación, vida artística (teatros, tertulias culturales, librerías), etc. Y acaba exclamando: “¡Hermosa ciudad! Hoy eres ya, naciente apenas, una de las más hermosas del mundo. Todo hace creer que llegarás a ser la primera de la raza latina” (Santigosa, 1906: 194). En términos semejantes se expresan prácticamente todos los autores que tratan de la urbe, como lo muestran los siguientes ejemplos: Federico Rahola (1905: 82, 85) admira que Buenos Aires disponga nada menos que de “65 kilómetros de calles perfectamente adoquinadas y urbanizadas” y que merezca perfectamente el nombre de “ciudad de los tranvías”. Javier Bueno (1913: 148) afirma: “No creo que haya ciudad en el mundo donde se consuma más electricidad en el alumbrado que en Buenos Aires”; José Francos da la cifra de más de treinta y cinco mil vehículos circulando ante una guardia urbana eficaz y respetada, así como la cantidad de 3000 limpiadores al cuidado de unas calles perfectamente aseadas. Todo ello reviste para Francos un valor fundamental: “Por el orden de la calle se deduce el buen gobierno de un pueblo; la calle es el espejo de la nación” (Francos, 1922: 256-258). En definitiva, unos y otros perciben que Buenos Aires no es sólo la capital de la nación y una gran metrópoli sudamericana: es ya la mayor del ámbito hispano y está destinada a ser, en todos los sentidos, una de las más grandes del planeta.

Pero dado que la mayoría de nuestros viajeros ejercen profesional u ocasionalmente el periodismo, detengámonos en este apartado, uno de los que mayor admiración despiertan en ellos, no solo por razones profesionales sino por percibir en la prensa a uno de los componentes más relevantes del tejido social argentino: excelente testigo del nivel cultural del país, es igualmente un poderoso auxiliar para su progreso. Dos ejemplos: Federico Rahola no duda en valorarla como el principal difusor continental de la literatura en sentido estricto o amplio: creación, didáctica, ensayo, etc. (Rahola, 1905: 285). Por su parte, Eugenio d’Ors, invitado como conferenciante en 1921, considera que el lector argentino, “gracias a sus espléndidos cotidianos, es acaso, el mejor informado del mundo sobre los últimos acontecimientos” (Plá, 1921).

Las cifras impresionan: Carlos Santigosa cuenta veintitrés diarios sólo para Buenos Aires y doscientos treinta entre los demás periódicos, veintiuno de los cuales en lengua extranjera. Por encima de todos destaca *La Prensa* (una valoración unánime entre nuestros viajeros): “No se conoce en Europa una publicación tan soberbiamente instalada como este diario. Tampoco en Nueva York existe periódico alguno que pueda comparar su casa con la de *La Prensa*”, afirma Blasco Ibáñez (1910: 410), director de periódico además de novelista. Podemos imaginar su asombro y el de Santigosa, también director de un diario, visitando lo que es un auténtico palacio situado en lo mejor de Buenos Aires, dotado de los medios de impresión más modernos, de unos servicios de información capaces de hacerle llegar “todo cuanto en el mundo ocurre”, de una plantilla de redactores aptos para tratar “todas las cuestiones con elevación de criterio” y de un edificio que dispone de una insólita serie de servicios, en parte públicos y gratuitos, funcionando

sin interrupción: consultorio médico-quirúrgico, biblioteca, cátedras de lengua y literatura, escuela de música, poste restante, consultorio agrícola-industrial, observatorio meteorológico, salones de actos y de fiestas, alojamiento para invitados extranjeros... Y en sus planas tienen cabida tanto avisos y anuncios como información general y comercial, sin olvidar trabajos de grandes escritores en lengua original o en traducción. “Es un periódico modelo”, admite fascinado el director de *Heraldo Sevillano* (Santigosa, 1906: 54), algo que probablemente no desmentirían Galdós, Unamuno, Azorín, Maeztu, Ortega y Gasset o Ramón Pérez de Ayala, entre otros colaboradores españoles de este y de otros medios bonaerenses (Castro Montero, 2012).

La lista de grandes diarios resulta impresionante: *La Prensa*, *La Nación*, *El Diario*, *La Argentina*, *La Razón* y *La Tribuna* forman parte de la amplia nómina descrita por Blasco Ibáñez en su capítulo dedicado al periodismo porteño (1910: 408-418). Tampoco escatima elogios para *Caras y Caretas* (“la revista latino-americana más conocida en el mundo”) ni para los títulos destinados a la colonia española como *El Español*, *El Correo Español* o el *Diario Español*, un panorama digno de elogio para el visitante peninsular, en particular si pertenece al gremio, puesto que las condiciones económico-laborales son singularmente favorables al borde del Plata: “Los que trabajan en la prensa están bien retribuidos y algunos diarios tienen existencia espléndida; los demás, noblemente desahogada” (Francos: 1922: 292).

Si por su condición capitalina, por su densidad poblacional y por su dinamismo en todos los ámbitos de la vida pública, Buenos Aires suscita el mayor interés, los visitantes también son sensibles a múltiples aspectos del país que descubren en sus desplazamientos por el interior, en sus contactos personales o en los informes que consultan. Podríamos pormenorizar diversos apartados, como el de la gestión de la enseñanza (un país con más maestros que militares, según Francos), pero basten los siguientes:

- El espectáculo de la naturaleza: llanuras interminables, cumbres inaccesibles, espacios casi impenetrables, fauna y flora sorprendentes, diversidad climática impensable en un mismo país, ríos inmensos que ofrecen inusitadas vías de navegación... En definitiva, los sentidos de nuestros viajeros parecen abrumados por un mundo nuevo, inaprensible y sobrecogedor, que contrasta con lo conocido en su lugar de origen o incluso en todo el continente europeo: Blasco Ibáñez, Rusiñol, Ortega Munilla, Salaverría y tantos otros nos recuerdan a veces la perplejidad del viajero medieval, incapaz de trasladar al texto la grandiosidad de los *mirabilia* que ante él se manifestaban.
- El enorme potencial agrícola y ganadero, derivado básicamente de la amplitud de un vasto territorio apenas poblado y explotado, pero ahora disponible tras las campañas militares contra la población indígena, particularmente durante la Conquista del Desierto liderada por Julio Argentino Roca. Ese potencial se ha de convertir en densidad poblacional, en industria, en comercio, etc.: las perspectivas de crecimiento y de liderazgo futuro para el país son enormes; pero ya hoy día permiten un bienestar ciertamente envidiable desde el exterior: “Hasta los pobres más pobres de Buenos Aires se hallan en una situación más desahogada que si hubieran permanecido en el viejo mundo” (Blasco Ibáñez, 1910: 496).
- El gran desarrollo de las comunicaciones ferroviarias: el viaje en tren de Eduardo Zamacois (1913: 61-72) desde Buenos Aires hasta Santiago de Chile le permite valorar la

velocidad, la comodidad, la seguridad, la amplitud de espacio y los servicios de los trenes argentinos, además de ofrecernos una de las más atractivas descripciones de un recorrido que, atravesando la pampa, culmina en las alturas andinas de Las Cuevas. El crecimiento del ferrocarril desde su aparición en 1857 ha sido tal que en 1921 Argentina ocupa el noveno lugar del mundo con más de 36.000 kilómetros, el segundo en América después de Estados Unidos (Francos (1922: 314). Pero lo que quizás destaque más sea su función, siguiendo también el modelo estadounidense: no se trata tanto de unir poblaciones como de facilitar su creación, su desarrollo y sus relaciones internas y de salida al mar. Son los célebres “ferrocarriles pobladores” destacados por Blasco Ibáñez, Menacho y otros, coincidentes en ver aquí la plasmación concreta del célebre lema de Alberdi en sus *Bases* de 1852: “Gobernar es poblar”.

- Así pues, no extraña que se haya generado en el país un sentimiento de justificado optimismo. Los viajeros peninsulares lo subrayan con insistencia, quizás como contraste con el decaimiento antes referido de España. Javier Bueno es categórico: aunque diferentes en origen, los argentinos están orgullosos de serlo y ese sentimiento “es el síntoma de la confianza que les inspira el porvenir de la patria” (Bueno, 1913: 159). Nuestros viajeros vinculan tal sentimiento al hecho de tratarse de un “pueblo joven, que ha contemplado la aurora de su futura grandeza” (Rahola, 1905: 15). A este respecto, recordemos lo escrito por Rusiñol: le interesa Buenos Aires y, por extensión, Argentina, para ver cómo nace un pueblo. Y Salaverría no es menos terminante: Argentina no consigue ser triste, aunque se lo proponga (la prueba, el encantador cementerio de la Recoleta): un país sin tristeza, inepto para la melancolía (1910: 64-66). No obstante, esta noción de pueblo nuevo / país joven tendrá un valor muy diferente para el viajero español de posguerra, como en su momento veremos.
- De todo lo anterior, ¿qué conclusión podían sacar los visitantes peninsulares?: “[...] creo haber dicho que en la Argentina hay mucho que aprender y poco que podamos enseñar los que venimos de fuera; y se lo puede decir de todo orden de cosas” (Arroyo, 1926: 125). Modesta y rotunda al mismo tiempo, esta afirmación no obedece a la condición clerical de su autor, que se expresa al final del período aquí considerado: casi diez años antes, Ortega y Gasset había avanzado algo semejante en su conferencia antes aludida: “Varias veces he dicho que yo no he pretendido venir a enseñar nada a vuestros estudiosos [...]. Ni creo que viajero alguno haya tenido la grotesca pretensión de descubrir el país a los nativos” (1965: 363, 365).

En otros términos: los visitantes deben admitir que la realidad supera con creces a lo imaginado. Si su viaje ha de ser fructífero, lo será sobre todo para ellos mismos y para el público, peninsular, al que se dirigen: la experiencia americana los impacta, los estimula y de algún modo los transforma en interés propio y de sus lectores. Ya anteriormente lo había postulado Rafael Altamira desde una perspectiva continental: no se trataba de ofrecer algo a América sino de beneficiar a España a partir de lo aprendido allá. En palabras de Pilar Altamira (sobrina de Rafael): “Según él, para la regeneración de España era imprescindible que se conociera mejor América y a los americanos” (2010: 2).

José Ortega Munilla: un periodismo literario

“[Aquí vive] el que fue muchísimo tiempo eje de la vida nacional, el ilustre periodista alrededor del cual giró toda la política española; el que con un artículo derribaba un gobierno; el que ponía su visto bueno a Gabinetes políticos; el que desdeñaba carteras, el insigne escritor que era halagado por todos los gobernantes”. Así presenta José María Carretero a José Ortega Munilla (1856-1922) en la revista literaria *La Esfera* (1917: 21), al visitarlo ya retirado de su vida profesional. En efecto, se trataba de uno de los periodistas más influyentes de su tiempo por sus más de mil artículos informativos y de opinión en más de cuarenta periódicos españoles y americanos, además de por su participación directa en la vida pública como diputado entre 1898 y 1914 (Caffarel, 1989). Pero su influjo fue mucho mayor si cabe en el terreno literario, primordialmente como director desde 1879 hasta 1906 de *Los lunes de El Imparcial*, suplemento del periódico del mismo nombre (que también dirigió entre 1900 y 1906), suplemento alimentado también con sus propias crónicas (Ortega Munilla, 1884). Sin su estímulo, sin la plataforma que les brindó, los escritores de la Generación de 1898 no habrían llegado a ser conocidos, leídos y valorados como lo fueron: en *Los lunes* publicaron todos junto a figuras ya reconocidas como Pardo Bazán, Galdós o Valera. Nada tiene de extraño: “Ortega Munilla creía que un periódico puede ser, debe ser, todo él literatura y digno, todo él, de ser escrito por literatos” (Pérez, 1916: 4). Nótese que el primer beneficiado de ese ambiente fue su hijo José, futura referencia de la generación de 1914: el título de Ignacio Blanco a su ensayo sobre este tema, *Nací sobre una rotativa. Las empresas culturales de José Ortega y Gasset* (2023), es bastante elocuente.

A pesar del escaso respiro que el periodismo le dejaba, Ortega Munilla se ocupó de la literatura de creación durante casi toda su vida: así lo atestiguan una treintena de novelas largas y cortas, más de un centenar de relatos breves, numerosas viñetas para la prensa que retomaban el cuadro costumbrista del siglo XIX, una veintena de prólogos a otros autores, sus propias críticas literarias sobre el reestreno de *Don Álvaro o la fuerza del sino* (*Diario de la Marina*, La Habana, 10.04.1917) y la obra de Campoamor (ver su discurso de recepción en la Real Academia, 30.03.1902), su polémica en *Los lunes de El imparcial* en torno al realismo o su extenso artículo sobre Guido Spano, aparecido en el habanero *Diario de la Marina* (3.12.1916). Finalmente, en relación con el campo que aquí nos interesa, debemos a Ortega Munilla cuatro libros fruto de sus viajes dentro y fuera de España: *Viñetas del Sardinero* (1880: Santander), *Mares y montañas* (1887: Vigo, San Sebastián, Panticosa, Linares, Los Pirineos y Bilbao), *Viajes de un cronista* (1892: Tánger, Berlín, Málaga, Cádiz, París y Roma) y *De Madrid al Chaco* (1917).

Se suele situar a Ortega Munilla en un terreno incierto entre los grandes autores del realismo-naturalismo (Alarcón, Pereda, Galdós, Pardo Bazán, Clarín) y los escritores de la misma tendencia llamados menores (Luis Taboada, Alfonso Pérez Nieva, Fernández Flórez y otros); todo ello a pesar de elogios de la voz crítica más autorizada del momento, la de Juan Valera, particularmente en su discurso de recepción en la Real Academia: resalta allí el talento del nuevo académico para conciliar observación y fantasía, para crear caracteres y para la descripción más viva, lo que, por cierto, le lleva a destacar sus libros de viaje (Valera, 1902). Otros lectores, como Manuel Álvarez Marrón, lo califican de “insigne maestro de las letras

castellanas”, puesto que desde Cervantes no se ha trazado una más perfecta visión de las tierras y gentes de Castilla (Álvarez, 1916). Y el anónimo cronista de *Diario de la Marina* no duda en situarlo entre los autores modernos de primera fila: Valera, Galdós, Azorín, Benavente, Alarcón y otros (“Preguntas y respuestas”, 1917). Sin embargo, estudiosos como Ruth Schmidt (1973: 179-192) han destacado una falta de adscripción decidida al realismo o al naturalismo, lo que, desde una perspectiva más actual, no sería necesariamente una limitación. En cambio, es cierto que Ortega Munilla tenía una gran facilidad de escritura, pero poco tiempo y disposición para pulirla (según él mismo confiesa en la entrevista citada con Carretero), lo cual es perceptible en la estructura de sus relatos o en la retórica de ciertas frases y períodos. Sin embargo, todo ello no debe obstar para que el autor de *El tren directo*, *Cleopatra Pérez*, *El paño pardo* o *Estrazilla* ocupe un lugar más destacado que el que se le atribuye en la literatura española como creador y como estimulador decidido de su evolución histórica.

La relación de Ortega Munilla con el *Diario de la Marina*

Entre las colaboraciones de Ortega Munilla en la prensa hispano-americana figura la sostenida con el *Diario de la Marina*, previa a su viaje a Argentina y mantenida posteriormente. La continuidad de su colaboración se apoya, por un lado, en el hecho de que Ortega Munilla había nacido en Cárdenas (Matanzas) por hallarse su padre destinado en Cuba como funcionario de la administración española y, aunque la familia regresó a Madrid pocos meses después, él no olvidaría nunca su vinculación con la isla. Por otro lado, desde 1895 *Diario de la Marina* estaba dirigido por Nicolás Rivero, emigrante asturiano, que había convertido el periódico en uno de los más influyentes y de mayor circulación del país, con ediciones de mañana y tarde, una gran calidad informativa y corresponsales en las regiones españolas de mayor presencia en la isla, así como en Estados Unidos y en Francia.

Ortega Munilla colaboraba regularmente con una sección, “Correspondencia de España”, dedicada a comentar la coyuntura política y social del país: inestabilidad gubernativa, problemas de la hacienda pública, huelgas obreras, suspensión de libertades, censura, enfrentamientos por la neutralidad ante la primera guerra mundial, etc. Debido a problemas del correo marítimo (reducción del tráfico por el conflicto bélico, retrasos en la salida o llegada de barcos), esas cartas podían aparecer más de dos meses después de firmadas y a veces no en el orden de envío, pero conservaban todo su interés por el análisis que contenían y servían de complemento a las noticias más recientes, recogidas en la sección “Cablegrama de España”. Ortega Munilla recibía un trato muy atento (en el doble sentido de seguido y de respetuoso) por parte del *Diario*: sus referencias al escritor eran frecuentes y afectuosas, sus publicaciones se reseñaban con elogio (*El paño pardo*, *Estrazilla*) y, aunque el destino de su viajero era Cuba, el *Diario* lo siguió como si de un evento local se tratara: el 4 de julio informaba del banquete de despedida en Madrid y, en fechas posteriores, de su salida para Cádiz, de su paso por Canarias y de su llegada a Argentina el día 23 de julio. Allí permaneció hasta su regreso a España: el *Heraldo de Madrid* del 20 de diciembre informaba en primera página de su llegada a Cádiz el día anterior.

Es el *Diario* mismo el que nos revela el origen de *De Madrid al Chaco*: en la primera página de su edición matinal del 7 de agosto, aparece el titular “Ortega Munilla a la Argentina. Lleva Letras, 2024, julio-diciembre, nº 90, Viajes entre España y el Río de la Plata..., pp. 55-76 – ISSN electrónico: 2683-7897

la representación del *Diario de la Marina*”, informando que el escritor viaja por cuenta y en representación del periódico, “debiendo escribir exclusivamente para este una serie de artículos en los que refleje la vida de la colonia española de la República de Argentina, relaciones de aquella con esta y cuanto observe y estudie sobre tan interesante asunto”. De hecho, se trataba de un encargo *a posteriori*: la noticia precisa que, habiendo conocido el proyecto del viaje, el *Diario* ha instruido a su corresponsal para que escriba sobre un asunto que, en realidad, él mismo deseaba abordar, tal y como leemos en la página 3 del mismo diario: desde mucho tiempo atrás, Ortega Munilla anhelaba hacer un viaje a la Argentina para conocer la vida de los españoles allí radicados. Había recibido invitaciones en este sentido, pero la ocasión se presentaba ahora con motivo del viaje de su hijo José para dictar un curso de filosofía en la Universidad: tal es la apertura explicativa de la primera entrega de “Correspondencia de España. Un viaje a la tierra del Plata. Para el *Diario de la Marina*”. Fechada el día 7 de julio a bordo del Reina Victoria Eugenia, esa primera entrega se publica el citado 7 de agosto y la última el 24 de enero de 1917. En el *Diario* esta parece fechada por error el 24 de diciembre (números no claros), regresando en el mismo buque de la ida; en cambio, en el libro viene el día 24 de enero de 1917, quizás por confundir fecha de composición y de publicación. Suponemos que se trata más bien del 14 de diciembre de 1916, “cerca de las Islas Canarias”, según reza la firma.

Como hemos avanzado, las circunstancias del correo hicieron que los textos aparecieran con bastante retraso y, además, al imprimirse según llegaban al periódico, podía suceder que uno escrito y enviado posteriormente a otro fuera publicado antes de este. El desajuste temporal se corrige en el libro, pero sólo parcialmente. Algo parecido sucede con las correcciones lingüísticas, de estilo o de contenido (ver el ejemplo de las fechas), lo cual hace suponer que el libro se editó con prisas y sin la revisión pertinente. Quizás algo tuvo que ver el hecho de que al final de su vida Ortega Munilla debió publicar demasiado asiduamente para lo delicado de su salud: sus dificultades económicas así lo exigían (algo parecido estaba sufriendo su admirado Galdós), según lo admitía él mismo en la entrevista con Carretero para *La Esfera*. Aunque la lectura no sufra demasiado por ello, una edición actualizada sería muy deseable.

De Madrid al Chaco. Un viaje a las tierras del Plata: configuración y significación

Ordenando temáticamente el texto, obtendremos cuatro secciones, no forzosamente seguidas sino distribuidas a lo largo del libro: la primera, de doce crónicas, relata el trayecto por mar. Las seis de la segunda transcurren en Buenos Aires (ciudad y asociaciones españolas existentes en ella). La tercera sección recoge en cuatro crónicas los desplazamientos de Ortega Munilla por el interior del país, visitando algunas ciudades que cita brevemente (Córdoba, Tucumán y Mendoza) y, en particular, el Chaco, donde se interesa por los indígenas de la Reducción de Napalpí. Las tres de la última versan sobre dos destacadas personalidades argentinas: el poeta Guido Spano, figura venerable de la lírica nacional, y el político Hipólito Irigoyen, recién elegido a la presidencia del gobierno, de cuyo partido trata la segunda de ellas. El libro se cierra con un texto, a modo de resumen y balance, redactado a bordo del barco de regreso.

La amplitud de espacio dedicado a la travesía oceánica (casi ochenta páginas de un total de doscientas en la edición utilizada) ya distingue este relato de la mayoría del corpus y le da desde el principio un marcado carácter viático: el autor sigue un riguroso orden diacrónico, *Letras*, 2024, julio-diciembre, nº 90, Viajes entre España y el Río de la Plata..., pp. 55-76 – ISSN electrónico: 2683-7897

consignando en una crónica diaria, salvo alguna excepción, la panoplia de ingredientes típicos del relato de viaje marítimo: la separación de clases, la formación de afinidades y de rechazos entre individuos o grupos, la instalación de rutinas diarias, la aparición del tedio náutico, la sensación de fragilidad ante la inmensidad oceánica, los asuntos evitables en las conversaciones (aquí, hablar de la guerra), el rumor como entretenimiento, la inquietud ante ciertos riesgos (tormentas, averías, choques en la oscuridad, ataques enemigos), el deseo creciente del fin de viaje, la menudencia convertida en evento (un barco a la vista, la puesta de sol, el paso del ecuador, la visión de la Cruz del Sur), etc.

El segundo elemento viático a destacar es la plasticidad que Ortega Munilla logra en la descripción de los objetos, personajes, acciones, paisajes y escenas más diversas: una tormenta marítima, la sala de máquinas de un barco, una plaga de langostas en el llano argentino, el ambiente de Buenos Aires, la recepción en una asociación hispana. Esa plasticidad es, además, extensiva al campo de lo imaginario, por ejemplo, a la descripción supuesta de un malón en los tiempos previos a la campaña contra el indio y muestra bien la competencia de Ortega Munilla, valorada en el discurso antes citado de Juan Valera, tanto en la representación realista como en el ámbito de lo imaginario. Por cierto, entre ambas dimensiones se mueve su capacidad para configurar diálogos de una viveza y naturalidad tales que, como suele suceder en un texto viático bien modelado, el lector no puede afirmar su correspondencia con lo acontecido, pero sí admirar su fluidez compositiva. Así sucede, por ejemplo, en las secuencias con “el coleccionista de puestas de sol”, con los tres niños que emigran solos (novelizados posteriormente en *Los tres sorianitos*, 1921) o en la charla sobre creencias religiosas con un joven indígena de Napalpí.

A los componentes textuales anteriores debemos añadir otros igualmente notables: la presencia regular de consideraciones personales sobre lo que el viajero ve o percibe, sobre sí mismo, sobre Argentina y España, etc., la inclusión de historias o de anécdotas secundarias (la evasión de cuatro oficiales alemanes presos en la isla de Madera), así como las informaciones históricas, demográficas y socioeconómicas, que aportan cierta dimensión reflexiva al libro, pero sin hacerlo derivar hacia el ensayo en detrimento del relato, “deriva” que sí se aprecia en textos como los de Blasco Ibáñez y los de Francos Rodríguez. La presencia de tales materiales supone un desafío compositivo (dosificación de cada uno, combinación adecuada entre todos, pertinencia respecto a los que siguen o preceden), desafío que se puede considerar globalmente superado aquí, a pesar del carácter no finalizado del texto.

Si bien el relato de viaje puede cerrarse de manera abrupta, no es inusual que sus últimas páginas funcionen como resumen, balance o conclusión de las anteriores (ni tampoco que ese cometido aparezca en otros lugares como el prólogo o la presentación). Es exactamente lo que tenemos aquí y, además, de forma relativamente amplia, en la crónica final: el autor lamenta no haber podido desarrollar sus impresiones de viaje apenas anotadas, justifica su regreso antes de Navidad por el reencuentro familiar y, sobre todo, explicita las convicciones adquiridas respecto a la capacidad de los españoles para mejorar el futuro de su país, objeto fundamental de su viaje, como veremos posteriormente.

En cambio, también en consonancia con lo habitual en el relato viático, “falta” la narración del regreso. Cabría suponer que poco quedaba por contar, pues la novedad de la experiencia ya había sido tematizada durante la ida: incluso el vapor era el mismo, el Reina Victoria Eugenia. No obstante, una nota del *Heraldo de Madrid* del 20 de diciembre (“Llegada de vapor. Por teléfono. Cádiz 19”), en la que informaba del regreso de Ortega Munilla, añadía que el barco había sufrido un choque con un buque alemán el día 15 y también que había soportado un fuerte temporal, lo que le impidió hacer escala en Tenerife, llevando hasta Cádiz a los pasajeros que habrían debido desembarcar en Canarias: percances sin duda atractivos para ser narrados, pero el texto se termina justo el día 14 (en su entrevista para *La Esfera*, Ortega Munilla avanzaba su intención de ampliar el relato a cuatro tomos, cosa que no llegaría a realizar). De este modo, más que una coincidencia entre el tiempo del viaje y el de la escritura, se ha producido una rigurosa inserción del segundo dentro del primero, sin ampliación ni reestructuración posterior. El texto queda privado de una mayor reelaboración y de cierta perspectiva crítica, ambas deseables y bastante habituales, pero también es cierto que la narración guarda así una proximidad con los hechos y una frescura de impacto nada desdeñables. Nótese, en cambio, la distancia entre el proyecto de escritura y su realización concreta: el relato producido no coincide con el imaginado. La realidad del viaje ha terminado imponiendo su ley, la experiencia vivida supera a la imaginada y el texto deja así constancia de ello, síntoma de que el viaje ha valido la pena.

Lo que acabamos de indicar respecto a la escritura lo observamos igualmente a propósito del viaje: en el umbral del relato (páginas 5 y 6), el viajero nos revela su propósito: conocer la vida de la colonia española en Argentina, una tarea quizás por encima de sus fuerzas, pero confía llevarlo a cabo. Algunos capítulos después (páginas 141-142), precisa que va a concentrarse en el estudio de las principales asociaciones de emigrantes, a las cuales finalmente dedicará cinco de los trece capítulos referentes a su estancia en el país: cuatro de ellos tratarán de sus viajes por el interior y el resto de política, de personajes argentinos y de la ciudad de Buenos Aires. El proyecto inicial, por un lado, se ha reducido (el estudio de asociaciones se limita a cuatro) y, por otro, se ha extendido al conocimiento de regiones, personalidades y temáticas propias de Argentina: las relaciones entre culturas, problemas como la sequía o una terrible plaga de langosta que él presencia camino de Tucumán y el funcionamiento de la política nacional. La estancia sobre el terreno lleva, pues, a alterar planes, a reconsiderar prioridades, a descubrir otras facetas del país y nuevas perspectivas desde las que abordarlo. La experiencia vivida sacude al viajero, lo enriquece y, de alguna manera, lo modifica.

Si nos detenemos ahora en algunas manifestaciones concretas del impacto de la experiencia viática en el visitante, retengamos solo una, pero de las más significativas: la admiración en sus diversas facetas. Ya al llegar, sobrecoge la impresión de inmensidad geográfica (tres ríos que confluyen en un estuario grandioso, la distancia entre sus orillas, el gigantismo de Buenos Aires), inmensidad corroborada luego en el periplo por el interior (la infinita llanura, la interminable nube de langostas). Admiración también por figuras literarias como la de Guido Spano, que había fascinado al visitante desde niño y cuya sola visita habría justificado el viaje. Admiración profunda por la enorme tarea realizada en particular por los docentes locales para insertar al indígena en la nación argentina. La percepción de Ortega Munilla sobre esta problemática queda muy clara tras visitar la Reducción de Napalpí: la bravura del indio no borra

su condición salvaje y no cabe duda de que su barbarie debe ser superada por la civilización, años atrás mediante campañas militares, hoy por la educación nacional (Ortega Munilla, 1917: 175-186).

Admiración, no extraña en un analista de la vida pública nacional, ante la renovación de la política argentina: tras el agotamiento de los partidos tradicionalmente en el poder, apoyados en unos gobernadores locales más favorables al cacicato que al parlamentarismo representativo, a partir de la revolución radical [de 1905] se ha pasado a una reforma electoral basada en un real programa de gobierno y en el voto obligatorio y secreto, una reforma asentada con la elección de Yrigoyen a la presidencia de la república. Así describe Ortega Munilla la evolución política argentina en oposición a la persistente crisis española: degradada por el “acuerdismo” (el sistema canovista de repartición del poder entre liberales y conservadores), sólidamente anclada en el caciquismo provincial pero, a diferencia de la argentina, incapaz hasta el momento de generar alternativas innovadoras para el país.

Finalmente, la admiración se desborda al considerar la presencia española en la Argentina: históricamente, la lucha con la naturaleza y la conquista de la tierra frente a la indiana ha contado con la decidida participación hispana para “ayudar a los argentinos, ya constituidos en nación, para acabar de establecer el imperio de la nueva vida sobre los restos de la barbarie que quedaban en las inmensas llanuras, en los esteros sin fin, en los bosques impenetrables. [...] Son miles de miles los que de esta manera se han incorporado a la obra genial de los argentinos” (Ortega Munilla, 1917: 176 y 138). ¿Y actualmente? Es aquí donde nuestro autor se explaya a lo largo de casi cuatro crónicas para describir las sociedades más representativas de la actividad española en Buenos Aires: Asociación Cultural Española, Asociación Española de Socorros Mutuos, Asociación Patriótica Española y Club Español. Asistencia médica, farmacéutica y hospitalaria, ayudas para manutención y otras necesidades (incluso para adquirir un billete de vuelta al país), colectas de emergencia (un fondo para inundaciones en la península o para los soldados en la guerra de Marruecos), campañas en defensa del prestigio de España, protección de intereses nacionales de cualquier tipo, promoción de colaboraciones entre las regiones presentes en la Argentina, organización de cursos universitarios y de otros eventos culturales, etc., ilustran un vasto campo de acción laborado desde la colonia con “bravura, trabajo y honradez” (Ortega Munilla, 1917: 136).

Es esta última faceta de su admiración la que nos conecta con la que posiblemente sea la dimensión fundamental del viaje y del relato al que dio lugar: seriamente inquieto por un país fatigado y perplejo ante un futuro incierto, Ortega Munilla busca en la Argentina contraejemplos que le permitan creer posible una mejora en profundidad para España. Tras cinco meses de estancia, la valoración es favorable y una conclusión se impone al final del libro: si los españoles de antaño fueron capaces de llevar adelante en América una colosal empresa de conquista y civilización, y si hoy sus descendientes contribuyen de forma notoria al progreso de la Argentina, motivos hay para confiar en que los españoles peninsulares logren sacar a su país de su pertinaz decaimiento. Igualmente, si la solidaridad e incluso la fraternidad de los argentinos ha marcado la acogida de los emigrantes españoles, también ha de ser posible una relación fraternal no solo de Argentina con España sino entre el conjunto de los países

hispanicos: existen, pues, bases sólidas de confianza en un futuro común, no basado en el liderazgo de uno sino en el sentimiento de unidad de todos. Reconfortado con esa convicción, regresa nuestro hombre a España: su viaje ha merecido la pena. Por cierto, el estrechamiento de los lazos con América ha de facilitar la tarea y, más aún: según Ortega Munilla, una visita del rey de España, Alfonso XIII, contribuiría sin duda a ello, pero dicha visita, también sugerida por otros viajeros, Francos Rodríguez entre ellos, no llegará a producirse.

Según hemos descrito, *De Madrid al Chaco* se inserta en un contexto histórico muy determinado y en las reacciones de cierto número de viajeros y escritores españoles para afrontarlo. Los planteamientos básicos eran semejantes: se partía de una visión crítica, sin ambages, de la España de la Restauración y se exploraban razones para albergar esperanzas de transformación. Algunos presentían que dichas razones, o al menos una parte de ellas, podrían hallarse en aquellos españoles del exterior que habían logrado superar su situación de partida en condiciones muy adversas y sin apoyo institucional alguno: por su trayectoria y volumen, la colonia española en Argentina era un acabado ejemplo de ello. Otros, al contrario, no percibían fuerzas capaces de promover dicho cambio. Si entre estos últimos destaca el radicalismo de Salaverría (“El español no solo se niega a sí mismo, sino que se desprecia”, 1917: 23), entre los primeros sobresale la confianza impregnada de optimismo de José Ortega Munilla. La dimensión histórica de este autor se revela así en toda su amplitud: vinculado por formación literaria al realismo, mecenas decidido de la generación del 98, aparece aquí volcado hacia la renovación futura de su país, estimulando a la generación de 1914, que habría de canalizar ese impulso renovador. ¿Quién sería el líder más visible y decidido en ese empeño? José Ortega y Gasset, precisamente alguien a quien la primera estancia argentina le haría redoblar en entusiasmo y energía para dar la batalla a la vieja España, alguien que aconseja en la apertura del segundo tomo de *El Espectador*, escrita a su vuelta de América (1917): “Los espíritus selectos que en la península se esfuerzan por aumentar la cultura española deberían hacer la travesía del Atlántico a fin de reconfortarse. Estén seguros de que allende el mar no serán confundidos y cobrarán fe en el sentido de su esfuerzo” (Ortega y Gasset, 1954: 131).

Pero si los relatos de Ortega Munilla y de los demás autores se caracterizan por la similitud de los rasgos antes citados, que les otorgan cierta configuración de grupo, también se caracterizan por lo que les distingue de los escritos viáticos que llegarán poco después, en los años del primer franquismo, según vamos a mostrar de forma somera para terminar nuestra exposición.

El viaje durante la posguerra: una estrategia de estado

Si durante las primeras décadas del siglo XX, el escritor viajero español solía llegar a la Argentina gracias a los buenos oficios de una institución privada, académica, financiera o de otro tipo, y con sede argentina o española, después de la guerra civil la situación es muy distinta: ahora lo más notable (algo a lo que los visitantes suelen referirse con cierto orgullo) es la figura de alguien que se desplaza en calidad de conferenciante y/o docente y cuyo viaje está patrocinado directa o indirectamente por el estado español. Todo lo demás parte de este condicionamiento básico: la personalidad misma del viajero, las entidades en las que actúa, los contenidos de su intervención y el relato de viaje posterior. Así aparece en los autores que retenemos como muestra para los años que van de 1940 a 1960, algunos de ellos miembros

destacados de la intelectualidad del régimen: Eduardo Aunós, Agustín de Foxá, Rafael Gay de Montellá, Pedro Laín Entralgo, Antonio Ortiz y José María Pemán.

En *Otro español en América* (1948), Antonio Ortiz Muñoz reconoce haber sido enviado por el Ministerio de Asuntos Exteriores en misión cultural por varios países sudamericanos junto con tres profesores universitarios a los que él acompañaba como docente y como periodista relator del periplo. De Agustín de Foxá, escritor con destino diplomático en Buenos Aires entre 1947 y 1950, sabemos su participación en una “misión poética” por varios países hispanos en 1949 junto con Luis Rosales, Leopoldo Panero y Antonio de Zubiaurre, y los ejemplos podrían seguir. A los cursos y conferencias se suman exposiciones de pintura y de escultura, intervenciones en radio y prensa o publicación de artículos y libros tras el regreso. Un papel fundamental tiene en este contexto la creación en 1940 del Consejo de la Hispanidad, reemplazado a partir de 1946 por el Instituto de Cultura Hispánica, instituciones ambas destinadas a contrarrestar en Hispanoamérica el aislamiento internacional de España después de 1939. A las actividades citadas se pueden añadir otras como becas de estudio para estudiantes hispanos, creación de colegios mayores universitarios, convenios de colaboración en diversos campos y, en el ámbito editorial, la fundación de Ediciones Cultura Hispánica, donde aparecerán varios relatos viáticos, al igual que Editora Nacional, creada en 1941 para publicaciones más generalistas y también de viaje.

Los objetivos de semejante despliegue son básicamente dos: por un lado, se busca contrarrestar la imagen más bien negativa de la España de posguerra, imagen generada por el régimen franquista pero también vehiculada por emigrantes y exiliados, con frecuencia activos en los ámbitos de la cultura, de la ciencia o de la política: Alberti, Ayala, Falla, Sánchez Albornoz, Luzuriaga, del Río-Ortega, Jiménez de Asúa, etc. (Zuleta, 1999; Schwarzstein, 2001). De este modo lo apunta Ortiz Muñoz en su relato, editado por Cultura Hispánica: “[...] terminada nuestra contienda, los derrotados trasladaron al exilio la lucha ahora política y lanzaron librerías y editoriales que defendiesen su postura. A la auténtica verdad se le cerró el camino. Ningún libro español llegaba a puerto e iba cobrando auge la ficción de que en nuestra patria se habían agostado los valores intelectuales”. Y así se fabricó “el silencio doloso ante el resurgir cultural de España” (Ortiz, 1948: 128 y 176).

Por otro lado, se trata de promocionar la idea de una hispanidad basada en el sentimiento de pertenencia a un conjunto presidido por una Nueva España “rejuvenecida por el impulso heroico de sus mejores hijos” (los vencedores de la guerra civil), pero no para imponer nada sino como “aglutinante moral” de los pueblos a los que reúne una identidad propia basada en la raza y sus valores (heroísmo, religiosidad, abnegación). Al menos así lo afirma Eduardo Aunós en su *Viaje a la Argentina* (1943: 205-212), publicado por Editora Nacional. De esa forma, una noción actualizada por Miguel de Unamuno en los primeros años del siglo y por Zacarías de Vizcarra en la década de los veinte, es readaptada por el nuevo régimen para legitimar una pretendida unidad hispano-americana liderada por la antigua metrópoli.

La argumentación contra los “alienizados”

En este sentido, el argumentario de los escritores viajeros es bastante peculiar. Por ejemplo, consideran necesario distinguir el comportamiento de España respecto al de otras potencias ultramarinas: en primer lugar, niegan la noción de colonialismo en relación con Hispanoamérica; según Ortiz Muñoz, así lo subraya “un insigne profesor de historia” peruano (consideramos su discurso extrapolable a la Argentina): “No llamarnos colonia. Perú no lo fue nunca. Fuimos provincia, como Navarra, como Nápoles. Y no nos independizamos, sino que nos emancipamos. Porque esclavo es el que se independiza y el hijo el que se emancipa” (Ortiz, 1948: 177). Siguiendo esta línea de pensamiento, José María Pemán resalta en *El paraíso y la serpiente* la particular generosidad española al haber dejado viva la población indígena y, a partir de ahí, subraya que el indigenismo actual puede existir gracias a dicha generosidad, para concluir sosteniendo: “Nosotros somos el pueblo más abierto que ha existido para hacer la literatura de los vencidos. [...] el primer indio idealizado y literario lo elaboramos nosotros con Ercilla, muchos siglos antes que Châteaubriand [*Atala y René* (1801 y 1802)] o Fenimore Cooper [*El último mohicano*, 1826] hicieran los suyos, románticos y simpaticones” (Pemán, 1942: 47).

Los autores consultados insisten, además, en otro apartado, la deuda histórica existente en relación con España, por el hecho de que esta última ha dado dos veces la vida a la Argentina: “la primera arrancándola del no ser cuando el descubrimiento y subsiguiente periodo imperial”, la segunda evitando su desplome ante el vendaval de forasteros de origen múltiple “mediante la inyección salvadora de una masa sana y vitalizadora de españoles” (Aunós, 1943: 202). Por su parte, Pemán ilustra con ejemplos de muy distintos ámbitos una de las tesis centrales de su libro: todo lo relevante de la Argentina remite a España o, en su defecto, a Europa. Así que el *Martín Fierro* está impregnado del españolismo cristiano de Calderón de la Barca (*El mágico prodigioso*); lo más notable del académico Juan Alfonso Carrizo es que recuerda a Menéndez Pelayo; la reacción federal respecto al centralismo de Buenos Aires contiene influencias del carlismo español; el lenguaje gaucha no es más que el castellano popular y el español de América es el castellano con un puñado de voces, modismos y giros sintácticos; producto de muelles revueltos y cosmopolitas, el tango tampoco es argentino; la cocina es “homérica, elemental y parca de platos típicos propios” (Pemán, 1942: 91); y el afrancesamiento de ciertos intelectuales (Victoria Ocampo entre ellos) resulta superficial y caduco. Tales individuos formarían la categoría de “alienizados”, a los que Pedro Laín Entralgo dedica un capítulo de *Viaje a Suramérica*: porosos admiradores de todo lo exterior menos de lo que viene de una España lejana y “atrasada”, consideran que su ideal se encuentra en París, Londres o Nueva York (Laín, 1949: 33-34).

Un último punto respecto a la herencia española evocado por el conjunto de los viajeros es la consideración de la Argentina como una sociedad aristocrática (de ahí, quizás, la descalificación del tango), asentada en la tradición española, ordenada en una clara estratificación social. Dicho con otras palabras: en esa Argentina se encuentra hoy la “residencia actual de la hidalguía española” (Aunós, 1943: 122). No obstante, el viajero peninsular, destacado en misión por esas tierras hermanas, se siente legitimado para advertirles del peligro alevoso de la influencia exterior, sobre todo de la estadounidense, capaz de resquebrajar la herencia española y de forzar la aceptación de su dominio. En *Por tierras de América del Sur*,

Rafael Gay de Montellá resume a su modo los efectos negativos de semejante influencia: “Los tres pecados capitales yankees, la obsesión comercial, la pasión por todo lo colosal y la manía de la velocidad vertiginosa, se han convertido en la superfetación del espíritu bonaerense [...]. Con esta intoxicación la vieja ciudad se deshumaniza rápidamente. El Buenos Aires del siglo XVIII ha quedado para las antologías” (Gay, 1950: 54). Si la Argentina es el *paraíso*, Estados Unidos viene a ser la *serpiente* capaz de arruinarlo, según sugiere el relato de José María Pemán, en cuya apertura ya anuncia que se permitirá opinar sobre lo que le guste o no de la Argentina, pero que lo hará desde su amor fraternal y sincero por el país (Pemán, 1942: 7).

Tal parece ser la función asignada a este tipo de textos, función que podríamos extender a escritores que no dejaron relatos de su periplo (como Eduardo Marquina, embajador extraordinario y conferenciante en 1946, hasta poco antes de fallecer): promover la comunión de los pueblos hispanoamericanos con la “Nueva España” dentro de esa unión latina “que reza a Cristo y habla en español” (Pemán, 1942: 154). ¿Una base para todo ello?: el adecuado uso de la tradición cultural hispánica, puesto que “Nada hay que una más a los pueblos que el denominador común de la cultura” (Ortiz, 1948: 131). Estamos, pues, bien lejos del ideal de intercambio y de conocimiento mutuo, declarado por Ortega y Gasset en mayo de 1917, insistiendo sobre la necesidad de

una España mayor, de quien es nuestra península sólo una provincia. Mas para ello es preciso que los escritores españoles –y por su parte los americanos– se liberen del gesto provinciano, aldeano, que quita toda elegancia a su obra, entumece sus ideas y trivializa su sensibilidad. El literato de Madrid debe corregir su provincianismo en Buenos Aires y viceversa (Ortega y Gasset, 1954: 131).

Terminemos con dos breves notas respecto al carácter viático de estos relatos, una de semejanza y otra de contraste: los textos de los dos momentos aquí considerados incluyen un componente ensayístico (en sentido amplio: reflexiones, opiniones, datos históricos, económicos, demográficos, etc.) particularmente denso y en ocasiones dominante sobre la relación viática: quizás el relato de Ortega Munilla sea uno de los más equilibrados en este punto. Pero notamos una mayor insistencia ensayística en los del segundo periodo, justificada según Pemán; el polígrafo gaditano se opone al relato de impresiones de modo terminante: “[...] estas no son mis impresiones, sino mis meditaciones y pensamientos en torno a cuanto vi en esa tierra [...]. La ‘impresión’ es un acto anodino e irresponsable: se goza, se admira o se paladea en plena neutralidad animal. En cambio, pensar es ya salirse de esa neutralidad: es formar juicio, decidir y optar” (Pemán, 1942: 5-6).

Quizás vinculada a la nota precedente aparece esta otra: los relatos de los primeros años del siglo nos parecen mucho más movidos que los de posguerra por el estímulo tan intensamente viático de la *curiositas*, del interés por conocer al otro sin temor de que ello suponga cuestionarse a sí mismo, sino más bien lo contrario: admitir o incluso buscar en la alteridad fórmulas de vida y de pensamiento beneficiosas para el propio lugar de origen, como lo hicieron los viajeros reformistas del siglo XIX a los que nos hemos referido en otra ocasión (Peñate, 2023). En cambio, en los escritos de posguerra percibimos una literatura sometida a una función precisa, externa, que la dirige y que es, al mismo tiempo, su condición de existencia. El viaje y su relato importan menos que la misión encomendada y asumida por el autor. Quizás buena

parte del interés literario de estos textos estribe en la construcción de una retórica de ocultación de la realidad y de vehiculación de ideales basados en dicha ocultación. No nos ha parecido necesario cuestionarla cada vez que los citábamos: la historia ya lo ha hecho por su cuenta.

Referencias bibliográficas

- ALTAMIRA, Pilar, 2010, “La obra histórica de Rafael Altamira, pionero del americanismo”, Sevilla, Conferencia en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo el 25 de noviembre.
- ALTAMIRA, Rafael, 1911, *Mi viaje a América*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- ÁLVAREZ MARRÓN, M., 1916, “*El paño pardo*, por D. José Ortega Munilla”, *Diario de la Marina*, 24 de agosto (tarde), 2.
- ARROYO, Ildefonso, 1926, *Impresiones de mi viaje a la República Argentina*, Valladolid, Imp. de la Casa Social Católica.
- AUNÓS, Eduardo, 1943, *Viaje a la Argentina*, Madrid, Editora Nacional.
- BLANCO ALFONSO, Ignacio, 2023, *Nací sobre una rotativa. Las empresas culturales de José Ortega y Gasset*, Madrid, Tecnos.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, 1910, *Argentina y sus grandezas*, Madrid, La Editorial Española Americana.
- BUENO, Javier, 1913, *Mi viaje a América*, París, Garnier Hnos.
- CAFFAREL SERRA, Carmen, 1989, *La labor periodística de José Ortega Munilla*, Madrid, Universidad Complutense.
- CARRETERO NOVILLO, José María (“El Caballero Audaz”), 1917, “Nuestras visitas: el maestro Ortega Munilla”, *La Esfera* IV-201, 21-22.
- CASTRO MONTERO, Ángeles, 2012, *Espanoles en el diario La Prensa*, Buenos Aires, Bergerac Ediciones y Fundación Ortega y Gasset Argentina.
- CORDERO GÓMEZ, José Ignacio, 2007, *La obra literaria de Eduardo Zamacois*, Madrid, Universidad Complutense.
- FOXÁ, Agustín de, 1950, *Un mundo sin melodía. Notas de un viajero sentimental*, Madrid, Prensa Española.
- FRANCOS RODRÍGUEZ, José, 1922, *Huellas españolas. Impresiones de un viaje por América*, Madrid, Editorial América.
- GAY DE MONTELLÁ, Rafael, 1950, *Por tierra del Sur de América*, Barcelona, Bosch.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro, 1949, *Viaje a Suramérica*, Madrid, Cultura Hispánica.
- MENACHO Y PEIRÓN, Manuel, 1911, *Un viaje a la Argentina: el porvenir de los pueblos iberoamericanos*, Barcelona, Imp. Lit. Vda. de J. Cunil.
- ORTEGA Y GASSET, José, 1954, “Palabras a los suscriptores”, en *Obras Completas*, vol. II, Madrid, Revista de Occidente, 129-132.
- , 1965, “Impresiones de un viajero”, en *Obras Completas*, vol. VIII, Madrid, Revista de Occidente, 361-371. Discurso pronunciado el 6.12.1916 en el Instituto Popular de Conferencias de Buenos Aires.
- ORTEGA MUNILLA, José, 1884, *Los lunes de El Imparcial. Crónicas. Primera serie*, Madrid, Imprenta y Fundación de M. Tello.
- , 1887, *Mares y montañas: Vigo, San Sebastián, Panticosa, Linares, Los Pirineos, Bilbao*, Madrid, Imprenta de Fortanet.
- , 1887 y 1889, *Viñetas del Sardinero. Relaciones*, Madrid, Imprenta de Álvarez Hermanos.
- , 1892, *Viajes de un cronista: Tánger, Berlín, Málaga, Cádiz, París, Roma*, Madrid, Manuel F. Lasanta.

- ORTEGA MUNILLA, José, 1902, “Discurso”, en *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del señor D. José Ortega Munilla el día 30 de marzo de 1902*, Madrid, Est. Tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra”, 5-46.
- , 1917, *De Madrid al Chaco. Un viaje a las tierras del Plata. Crónicas escritas para el “Diario de la Marina” de La Habana, en el año 1916*, Madrid, Biblioteca Patria.
- ORTIZ MUÑOZ, Antonio, 1948, *Otro español en América*, Madrid, Magisterio Español.
- PEMÁN, José María, 1942, *El paraíso y la serpiente*, Madrid, Escelicer.
- PEÑATE RIVERO, Julio, 2023, “El relato de viaje reformista en la España del siglo XIX: Canarias y Benigno Carballo Wangüemert”, *Insula* 918, junio, 8-11.
- PÉREZ, Dionisio, 1916, “De la vida que pasa. Ortega Munilla”, *La Esfera* III-39, p. 4.
- PLÁ, José, 1921, “Xenius cuenta a nuestro compañero José Plá su viaje a América del Sur”, *La Publicidad*, 25 de diciembre.
- “Preguntas y respuestas”, 1917, *Diario de la Marina*, 7 de noviembre (tarde), 5.
- RAHOLA TREMOLS, Federico, 1905, *Sangre nueva: impresiones de un viaje a la América del Sud*, Barcelona, Tip. “La Académica” de Serra Hermanos y Russell.
- RUSIÑOL, Santiago, 1999, *De Barcelona al Plata: un viaje a la Argentina de 1910*, Barcelona, Ediciones B. Es traducción de la primera edición: 1911, *Del Born al Plata. Impressions de viatge*, Barcelona, Antoni López.
- SALAVERRÍA, José María, 1910, *Tierra argentina*, Madrid, Fernando Fe.
- , 1917, *La afirmación española. Estudios sobre el pesimismo español*, Barcelona, Gustavo Gili.
- SANTIGOSA, Carlos María, 1906, *El Río de la Plata, Montevideo, Buenos Aires: recuerdos de viaje*, Sevilla, Heraldo Sevillano.
- SCHMIDT, Ruth, 1973, *Ortega Munilla y sus novelas*, Madrid, Revista de Occidente.
- SCHWARZSTEIN, Dora, 2001, *Entre Franco y Perón: memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Madrid, Crítica.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel; Valdeón Barunque, Julio; Domínguez Ortiz, Antonio, 1991, *Historia de España*, Barcelona, Labor.
- VALERA, Juan, 1902, “Discurso”, en *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del señor D. José Ortega Munilla el día 30 de marzo de 1902*, Madrid, Est. Tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra”, 56-71.
- ZAMACOIS, Eduardo, 1913, *Dos años en América: impresiones de un viaje por Buenos Aires, Montevideo, Chile, Brasil, New York y Cuba*, Barcelona, Maucci.
- ZULETA, Emilia de, 1999, *Espanoles en La Argentina: el exilio literario de 1936*, Buenos Aires, Atril.